

XVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

NO ESTAMOS, SÓLO, PARA MULTIPLICAR

Padre Javier Leoz

“No me quieras por lo que traigo, espérame porque vengo”. Domingo de este tiempo ordinario en el que, una vez más, caemos en la cuenta de la importancia de lo material para seguir en pie: hoy el pan de cada día.

1.- ¿Dónde está el secreto de la generosidad cristiana? ¿En la cantidad? ¿En la calidad? ¿En el personalismo? ¿En el mandamiento del amor? ¡No! ¡Va mucho más allá! La multiplicación de la generosidad cristiana arranca y nunca se aparta de esa fuente inagotable de misericordia que es Dios.

-El corazón del Señor es amor: quien lo toca, da amor

-Las entrañas del Señor son alimento: quien las descubre, alimenta a los demás

-La mente del Señor piensa en el otro: quien se acerca a ella siente la llamada a pensar en los que le rodean.

O dicho de otra manera: la cantidad no asegura la generosidad (cuántos ricos que no ofrecen ni migajas) y, la pobreza puede compartir incluso lo que no se tiene (cuántos humildes son felices de dar algo de lo poco que poseen).

2.- Jesús, en ese sentido, nos daba por goleada: multiplicaba el pan pero, además, hablaba y tocaba el corazón. Puede que, al principio, lo siguieran porque curaba enfermos, levantaba paralíticos o veían la luz los ciegos. Puede incluso que, los hambrientos, estuvieran más pendientes de su mano que hacía prodigios que de sus labios que hablaban del reino. ¿Y luego? Luego, aun con sus miserias, creyeron en Él. Lo tuvieron como un ser inigualable, profeta, Hijo del Altísimo y Salvador de los pobres.

3.- Todos, cada día, debiéramos de mirar nuestras manos. No para que nos lean el futuro, cuanto para percatarnos si –en esas horas-- hemos realizado una buena obra; si hemos ofrecido cariño; si hemos desplegado las alas de nuestra caridad; si hemos construido o por el contrario derrumbado; si nos hemos centuplicado o restado en bien de la justicia o de la fraternidad.

Si, amigos. Cada día que pasa, cada día que vivimos es una oportunidad que Dios nos da para multiplicarnos, desgastarnos y brindarnos generosamente por los demás.

Al fin y al cabo, en el atardecer de la vida, nos examinarán del amor. Dejarán de tener efecto nuestras cuentas corrientes. Nuestras inversiones. Nuestros apellidos y

nobleza. Nuestra apariencia y riqueza y comenzará a valer, su peso en oro, las manos que supieron estar siempre abiertas.

4.- AQUÍ ME TIENES, SEÑOR

Soy poco, muy poco o casi nada,

pero con tus manos

multiplicarás lo que en el mundo

sea más necesario por tu Reino.

Conoces mi debilidad, mis pecados,

mis carencias y errores,

más sé que con tu mirada, y por mí fe,

multiplicarás lo bueno que en mí pusiste

y harás que, aquellos que me rodean,

puedan servirse de la bondad que desparramas.

AQUÍ ME TIENES, SEÑOR

Quiero ser uno de esos cinco panes,

para que, el hambriento que sale al camino

no marche a su casa sin haber comido

del pan de mi fraternidad

del auxilio de mi solidaridad

del agua de mi caridad

AQUÍ ME TIENES, SEÑOR

Tal vez, sea insuficiente;

mis capacidades, mi pensamiento,

mi alabanza, mi oración,

mi entrega, mi testimonio.

Tal vez sea poco

lo que la cesta de mi corazón albergue.

Pero, aquí me tienes, Señor

Mucho me diste y, por ello,

te doy las gracias, te bendigo y te alabo.

Mucho me diste y, por ello,

te pido que nunca deje de ser sensible

a las necesidades de mis hermanos.

Amén